

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

Los protocolos de la igualdad. El amor racional, utilitario y laborioso.

Dechand, Carla Yanela.

Cita:

Dechand, Carla Yanela (2020). *Los protocolos de la igualdad. El amor racional, utilitario y laborioso*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/8bu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LOS PROTOCOLOS DE LA IGUALDAD. EL AMOR RACIONAL, UTILITARIO Y LABORIOSO

Dechand, Carla Yanela

Universidad Nacional de San Luis. Facultad de Psicología. San Luis, Argentina.

RESUMEN

Este artículo es un recorte de una investigación más amplia que indaga la violencia invisibilizada en la sociedad patriarcal. Se enmarca en el PROICO N° 12-0318 22/P807, subsidiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica. En el presente trabajo, realizo un análisis de los modos en que se intersectan amor, poder y economía. Indago las complejas trabazones de estas dimensiones de la vida humana y la invisibilización de sus múltiples conexiones, para el sostenimiento de la violencia normalizada e institucionalizada. Con este propósito, reflexiono sobre la expansión de una lógica que de manera insidiosa penetra al interior de las relaciones y orienta nuestras vidas, brindándonos la protección de lo razonable. Para ser más precisa, exploro la propagación de una racionalidad de Estado, que promete igualdad resguardando la desigualdad. Analizo cómo se han ido forjando nuevas formas de sociabilidad en torno a un poderoso lenguaje democrático e inclusivo, que contribuye a la aceptación armónica de todas las jerarquías y al consumo irreflexivo de todos los moldes de igualdad. Para ello, examino el papel desempeñado por la psicología y sus narrativas de autorrealización, en la administración de las relaciones humanas y de la vida emocional, en función de la lógica del intercambio económico.

Palabras clave

Amor - Trabajo - Poder - Razón - Patriarcal-Capitalista

ABSTRACT

EQUALITY PROTOCOLS. RATIONAL, UTILITARIAN AND LABORIOUS LOVE

This paper is part of a wider research work which focuses on invisible violence in a patriarchal society. It was produced in the context of the PROICO N° 12-0318 22/P807, financed by the Science and Technology Office. We analyse the ways in which love, power and economy intersect. We further study the complex interlocks of these human life dimensions and the process of making their multiple connections invisible in order to sustain a normalized and institutionalized violence. To this end, we consider the expansion of a logic which insidiously penetrates into relationships and guides our lives, thus providing us with the protection of what is rational. More precisely, we explore the propagation of a State rationality, which promises equality while promoting inequality. We analyse how new ways of socializing have been forged around a powerful democratic and inclusive

language, which contributes to the harmonious acceptance of all hierarchies and the thoughtless consumption of all equality moulds. To this end, we examine the role played by Psychology and its narratives of self-fulfilment in the management of human relationships and emotional life, considering the logic of the economic exchange.

Keywords

Love - Work - Power - Reason - Capitalist-Patriarchal

Para Freud (1904 (1903)) el logro de la salud está íntimamente ligado a la capacidad de amar y trabajar. Conuerdo plenamente con esta idea, pero considerando que el trabajo en nuestras sociedades se reduce a la entrega de la vida al funcionamiento de un sistema, para que a cambio se nos otorgue un salario para la subsistencia, es necesario detenernos a reflexionar seriamente y preguntarnos ¿de qué tipo de amor y de trabajo nos hablará Freud? Estas fuerzas altamente productivas y creadoras, absolutamente necesarias para el desarrollo de la vida, suelen ser en nuestros días fuentes del más profundo malestar, a pesar de la felicidad que prometen. En el sistema patriarcal-capitalista, el amor y el trabajo funcionan como verdaderos protectores del status quo y están destinados a garantizar la salud e integridad del orden. Ilusoriamente nos brindan estabilidad, armonía, autorrealización y felicidad, pero en gran medida suponen la aceptación de la realidad tal cual es y el sometimiento a una vida monótona orquestada desde afuera. Al alcanzar cierta etapa del desarrollo, uno debe tomar la postura de adulto y asumir ciertos compromisos con el orden. Ya no hay lugar para el juego. Del trabajo al amor. Así ya no hay tiempo para experimentar sentimientos como el miedo, la angustia ante la incertidumbre, el vacío y la nada, que permiten crear o al menos preguntarse ¿para qué quiero trabajar? ¿Para qué quiero amar?

Mucho se ha hablado ya -razón por la cual no voy a trabajar aquí este tema- sobre los negocios del matrimonio y sobre la explotación de las mujeres en el ámbito doméstico, en el que tradicionalmente realizaron y continúan realizando trabajos reproductivos. Los estudios nos informan que, a pesar del discurso ampliamente compartido sobre la división del trabajo doméstico, en las prácticas sigue siendo mucho mayor el tiempo dedicado por las mujeres a las labores del hogar. Trabajo desvalorizado, no reconocido como tal, recubierto con ficciones amorosas y, más recientemente, con alegatos de igualdad que

nunca alcanzan a transformar profundamente la organización de la vida. Algunas teóricas y activistas feministas, llegan incluso a reclamar un pago por este trabajo en la búsqueda de igualdad. Algo que resulta extraño, ya que, hasta nuestros días, el salario no nos brinda ejemplos de haber dignificado la vida de ningún trabajador y mucho menos de haber dado solución al problema de la explotación humana.

Numerosos son los esfuerzos constantemente realizados para mantener separados dos mundos, dos esferas, que se desenvuelven en espacios diferentes, apartados entre sí por los muros del hogar: el mundo público y el mundo privado. Estos parecerían conducirse por lógicas y modos de funcionamiento radicalmente distintas y hasta opuestas. Por un lado, la frialdad de los cálculos y la eficiencia, el mundo público de la política y el mercado. Por el otro, la calidez de los sentimientos y la solidaridad, el mundo privado, íntimo y sentimental. No sólo en el sentido común reina esta distinción. Numerosos teóricos y teóricas insisten en la dicotomía entre racionalidad y sentimientos. Amor y trabajo se hallarían según estas concepciones y representaciones sociales, divididos. Sin embargo, si desviamos nuestra atención de la barrera que nos separa y las múltiples diferencias que los distancian, encontraremos que, entre la esfera íntima del amor y el mundo público del trabajo, existen variadas conexiones y esas encrucijadas son las que me interesa examinar. A pesar de los insistentes esfuerzos por conservarlo -para nuestro propio consuelo- incontaminado, divinizado y redentor, el amor no llega a escapar de los despiadados juegos del poder y de la economía.

Jónasdóttir (2011) en un intento de explicar la persistencia del poder de los hombres en las sociedades “igualitarias”, realiza un interesantísimo análisis del modo en que se intersectan estructuralmente amor y trabajo. Utilizando el método de Marx para repensar el campo de la sexualidad política, se propone indagar las relaciones a partir de lo que llama “poder del amor”, que incluye tanto el poder del cuidado, como el poder erótico. Concibe que al igual que la fuerza de trabajo, el amor es una fuerza que puede ser alienada y explotada. La persistencia del patriarcado depende, entre otras causas ya más reconocidas, de la explotación que hacen los hombres del “poder del amor” de las mujeres. Explotación que se vuelve evidente, por el uso que realizan los primeros, de la capacidad de cuidado de las segundas, sin que consideren necesario dar lo que reciben. Sin desconocer los beneficios que pueden obtener ambos integrantes, reconoce las ventajas diferenciales y el mayor control que posee una de las partes. Muestra cómo en la forma predominante de los encuentros entre los géneros, la mujer es llevada a comprometerse al cuidado amoroso, para que el hombre pueda vivenciar el éxtasis, como medio de reafirmarse, experimentar una expansión personal y potenciar su poder sexual. Por el contrario, la práctica del cuidado amoroso en sus relaciones con las mujeres, tiende a ser concebida por el varón como una serie de cargas y limitaciones, como una pérdida de tiempo y energía

que debe “economizarse” (Jónasdóttir, 2011). Explotación sutil, disfrazada siempre del “así lo queremos”, ya que, así como la fuerza de trabajo se vende “libremente” al explotador capitalista, el amor se otorga “libremente” y siempre podemos “elegir” darlo o no. Y si el amor nos devuelve violencia, será que nos hemos equivocado en la elección y tendremos una cantidad casi ilimitada de nuevas personas a quienes podremos elegir para “amar”. Amor y trabajo, energías creadoras, potencias capaces de levantar un nuevo mundo, fuerzas que contienen la posibilidad de solidaridad y de reciprocidad genuina y que, sin embargo, son constantemente puestas al servicio de la dominación de unos sobre otros, sólo por la compulsión a la repetición de las formas ya existentes.

Zelizer en “La negociación de la intimidad” (2009) indaga cómo permanentemente mezclamos las relaciones “privadas” y las actividades económicas, a pesar de la creencia ampliamente aceptada, de que intimidad y economía se hallan en contradicción. Muestra que, para sostener la coexistencia entre el intercambio económico y las relaciones íntimas, se realizan múltiples negociaciones y se establecen numerosas distinciones. Constantemente se efectúan separaciones que operan a modo de defensa, para evitar la contaminación entre los que serían mundos hostiles. Por una parte, la inclusión de cálculos económicos corrompería las relaciones íntimas y el mundo de los afectos; por la otra, si la afectividad se introduce en las transacciones racionales, produce amiguismos, favoritismos que llevarían a la ineficiencia y a variadas formas de corrupción. Sin embargo, la vida concreta no se desenvuelve de manera tan fragmentada. Insertas en el capitalismo, sería ilógico pensar que las relaciones amorosas podrían escapar o mantenerse al margen del consumo, la producción y la distribución de bienes y servicios. La autora señala que abandonar la persistente empresa de interrumpir la continuidad entre lo impersonal y lo personal, nos ayuda a sortear algunas confusiones, impregnadas de moralidad: “la intimidad como fenómeno sentimental, la intimidad como prestación de cuidados, la intimidad como autenticidad y la intimidad como un bien intrínseco” (p. 40).

En la experiencia amorosa conviven de manera compleja significados contradictorios. Las nociones del amor como fuerza mágica que moviliza los corazones, coexisten, y cada vez más, con representaciones del mismo como una práctica que requiere esfuerzo y compromiso. Las vivencias amorosas también se organizan en función del lenguaje del trabajo. Los integrantes de la pareja conformarían una sociedad, caracterizada por el compañerismo, en la cual realizan un trabajo en equipo e invierten sus tiempos y energías, para el logro de ciertos beneficios. Estos últimos pueden verse obstaculizados por la llama descontrolada de la pasión, que puede ser devastadora no sólo para el amor, sino para la salud e integridad psíquica de quienes aman. Por eso, en nuestras épocas es preferible cierto control racional en el despliegue e intensidad de las emociones, que aseguren bienestar a los participantes del trabajo amoroso. Si bien el

amor es un sentimiento (y como tal, sujeto a fluctuaciones), las relaciones de pareja se establecen a base de un contrato, en el que se acuerdan los términos, las bases y las condiciones del vínculo amoroso. Generalmente, los integrantes sólo deciden formar parte de un contrato, cuyas reglas no estipulan. Es decir, eligen tener una relación de pareja, con normas que vienen determinadas por los guiones culturales que establecen las maneras en que deberían comportarse. Estos, lejos de ser mandatos claramente explícitos, constituyen organizadores implícitos del modo en que van a desenvolverse las relaciones.

Las necesarias críticas a los efectos devastadores del amor romántico -principalmente para la salud de las mujeres- suelen ir acompañadas de ciertas nociones, concepciones y representaciones tácitas que establecen cómo deberían ser otras formas de amor más “saludables”, más “racionales” y más “justas”. Ahora bien, ¿cómo se gestan las pautas de sensatez que vendrían a ordenar los descontrolados juegos del amor? ¿Cuáles son las nuevas fórmulas que circulan para vivir el amor de un modo racional, sin demasiados sobresaltos, ni sufrimientos? ¿Cómo se juntan el trabajo y el amor, de manera que podamos preservar a este último incontaminado, de modo que no vayamos a considerarlo como otra forma más de explotación? Para ensayar respuestas a estas preguntas, intentaré examinar la expansión de una lógica, de una forma de racionalidad, que de manera insidiosa penetra en nuestras relaciones y orienta nuestras vidas.

En este trabajo, procuro explorar brevemente algunas de las intersecciones entre el amor y el trabajo, a partir de la propagación de un tipo de racionalidad que promete la igualdad a modo de resguardar la desigualdad. En otras palabras, indagaré la extensión de una lógica de Estado -siempre amigo del mercado- que con un creciente lenguaje democrático e inclusivo, apunta a penetrar al “interior” de las relaciones, proponiendo el “molde de igualdad” que oculta las reales diferencias sobre las que se posa. Examinaré los orígenes empresariales de la ética comunicativa e igualitaria, para vislumbrar cómo responde a intereses que muy alejados están de quebrantar las jerarquías. Por el contrario, operan de soporte y de apoyo ideológico al orden existente.

En nuestros días, la búsqueda de la igualdad y la reciprocidad en las relaciones -en la que los discursos de la psicología y del feminismo han desempeñado un papel relevante- las reglas del juego deben ser cada vez más explícitas y consensuadas, mediante acuerdos y controles racionales que se efectúan por medio del lenguaje. Como señala Illouz (2009), se desprenden dos premisas de la metáfora del amor como trabajo: “1) que el amor puede ser controlado con el pensamiento y, por lo tanto, nosotros somos responsables del éxito o fracaso amoroso; y 2) que el amor es una mercancía susceptible de ser negociada según las estrategias del mercado” (Illouz, 2009, p. 258). El éxito del amor, ya no estriba en el encuentro solemne de los amantes que, por su singularidad o cualidades especiales, no son intercambia-

bles. Depende principalmente de la capacidad que tengan los sujetos individuales de posicionarse adecuadamente, según una minuciosa evaluación de costos-beneficios de la relación con el otro, en función de las necesidades personales. De este modo, se refuerzan los mismos valores que se requieren para ser una persona exitosa en los negocios: independencia, seguridad, capacidad de proyectar los propios deseos para la autorrealización. Las relaciones se vuelven transacciones, arreglos en función de los intereses individuales de las partes contratantes. Los juegos del amor ya no dependen de los flechazos de Cupido, ni de hilos mágicos que unen corazones, sino de la decisión consciente y racional de la persona, que se vuelve responsable de los beneficios o pérdidas del amor. Si juega bien, gana, y si no, puede volver a intentar hacer un nuevo negocio, con otra persona que se ajuste mejor a sus intereses. Los sujetos responsables de sus propios éxitos o fracasos, continuarán echándose culpas unos a otros si la cosa no funciona, adjudicando las desdichas a las fallas personales, sin que sea necesario un cuestionamiento demasiado profundo de los guiones culturales que guían o entorpecen los encuentros. Se afianza así la creencia en el individuo, en que es él o el otro quien debe arreglarse, enmendarse o perfeccionarse para volver a intentarlo, siguiendo los mismos patrones o reglas de juego. La vida emocional se organiza siguiendo la lógica del intercambio y las relaciones económicas. Ya no se amará por el amor mismo, porque amar sea una misión sublime del ser humano. Se amará con miedo y medida, el amor será controlado para no estar dando más de lo que el otro vaya a dar. Se amará un poquito para tener otro a mi lado, que me permita autorrealizarme. Con otros, pero siempre autónomos. Con otros, pero separados.

Illouz (2007) analiza el modo en que el capitalismo llevó a las emociones al centro de sus transacciones: “reorganizó las culturas emocionales e hizo que el individuo económico se volviera emocional y que las emociones se vincularan de manera más estrecha con la acción instrumental” (p. 60). El mundo público “racional” de los hombres se sentimentaliza. Para que todos lo aceptemos y queramos, ante todo es necesario que lo consideremos bueno. Nuestros gobernantes y empresarios serán personas de buen corazón y las fallas serán del pueblo, que no vota bien, o que no puede realizar bien su trabajo, que siempre inadaptado nunca termina de aceptar de buen grado el “buen gobierno” y nuestra “santa democracia”. Por otra parte, nuestras emociones y relaciones más íntimas comenzarán a ordenarse en función del lenguaje del mercado. La vida se transformará en un negocio y si queremos que sea exitosa, deberemos convertirnos en buenos negociantes. Para que sea posible una mayor eficacia en el control y manejo de los cuerpos, sin demasiados cuestionamientos y con un consenso total de que “así es” y de que “no se puede de otro modo”, el capital debe hacerse cargo de las emociones. Debe provocarlas, incitarlas y administrarlas adecuadamente para sus propios intereses. Los cuerpos dóciles dirán: “así nos gusta”, “así lo deseamos”.

El siglo XX llevó a los hombres y a las mujeres, principalmente a los de clase media, a concentrarse fuertemente en su vida emocional. Comenzaron a desarrollarse técnicas interactivas científicas, para vislumbrar y manejar el caótico y muchas veces perturbador mundo emocional. El psicoanálisis y la psicología ofrecieron narrativas para la comprensión de estos asuntos, para el entendimiento del yo y de sus sufrimientos y para la adecuada negociación de las relaciones. La sociedad enferma deja de ser la causa principal de nuestras patologías. Todo se concentra en el reducido ámbito del yo y la familia. La rápida expansión de los discursos de la psicología estuvo íntimamente ligada al vertiginoso crecimiento del mercado y de esta conjunción, comenzarían a forjarse nuevas formas de sociabilidad. Illouz (2007) expresa:

“El psicoanálisis y la psicología fueron minas de oro para esa industria porque estaban envueltos en el aura de la ciencia, se les podía dar un alto grado de individualización (adaptarlos a todas y cada una de las particularidades individuales), podían abordar un amplio espectro de problemas, permitiendo así una diversificación del producto, y parecían ofrecer la mirada desasosada de la ciencia sobre temas tabú” (p. 31).

Desde principios del siglo XX, las empresas recurrieron a los psicólogos para potenciar la disciplina y aumentar la productividad. Los descubrimientos de Elton Mayo (1927), a partir de sus experimentos con mujeres en Hawthorne, enseñaron que la productividad aumentaba si las relaciones laborales tenían en cuenta los sentimientos y las relaciones interpersonales de los trabajadores. Los problemas que obstaculizaban una mayor eficiencia, tenían en gran medida una naturaleza emocional y relacional. Este conocimiento contribuyó a desarrollar los lineamientos para una mejor administración de las relaciones humanas, en la cual los sentimientos serían un asunto de importancia. Illouz (2007) sostiene: “El lenguaje de la emoción y el de la eficiencia productiva se entrelazaban cada vez más; se configuraban mutuamente” (p. 40).

En esta articulación, la psicología tuvo y sigue teniendo un papel fundamental. Su discurso tuvo una importancia decisiva en el establecimiento y consolidación del lenguaje de la individualidad empresaria y exitosa en el ámbito del trabajo. Lo que antes podía llegar a ser percibido, lisa y llanamente, como dura explotación al servicio del capital, comenzará a verse por los propios explotados, como desarrollo y crecimiento profesional. Este nuevo entendimiento contribuyó también a la naturalización de la jerarquía y a la potenciación de nuevas formas de competencia. Todo sea por el desarrollo profesional, que es “saludable”, “está bien” y es “necesario” para la autorrealización. De a poco se fue arraigando la convicción de que la personalidad -ya no el estatus o la clase social- era la clave del éxito.

Los psicólogos desarrollarían los saberes, los métodos y las técnicas para mejorar las relaciones humanas. Comenzaron

a crear nuevos modelos de comunicación y de manejo de las emociones, que alterarían profunda e insidiosamente las formas de sociabilidad. Si bien estos saberes buscaban -en teoría- el bienestar de los trabajadores, mejorar las relaciones laborales y propiciar la igualdad y la cooperación para hacer más eficiente el trabajo, se adaptaban en gran medida, a los intereses empresariales. Illouz (2007) sostiene:

“...los psicólogos parecían prometer nada menos que aumentar las ganancias, combatir los conflictos laborales, organizar relaciones no confrontativas entre gerentes y trabajadores, así como neutralizar la lucha de clases mediante su incorporación al lenguaje benigno de la personalidad y las emociones. El lenguaje de la psicología resultaba atractivo a los trabajadores porque era más democrático” (p. 46).

Los nuevos modelos de comportamiento estaban centrados en la idea terapéutica de la comunicación. Para ser un buen miembro o gerente de una empresa es necesario poseer ciertas competencias comunicativas, que permitirían coordinar las relaciones y emociones entre personas que se presumen iguales. Una buena administración de las relaciones supone el desarrollo de ciertas habilidades comunicativas. Se requieren destrezas lingüísticas que permitan poner en palabras las emociones y coordinar las relaciones. Es necesaria, además, una capacidad de auto-observación, que nos permita vernos como nos veríamos de afuera y comenzar a conducirnos de una manera adecuada, objetiva, racional, que no asuste ni provoque demasiados conflictos. Podremos desplegar así la imagen deseada de nosotros mismos. Hay que aprender también, a reconocer las propias emociones y las de los demás, para poder controlar los efectos e impresiones que queremos producir y para poder solucionar los conflictos de una manera óptima, que asegure el bienestar de los “iguales”, miembros de una empresa o institución. Es así, que si queremos asegurarnos un buen puesto, es necesario primero aprender a auto-manejarse para provocar el efecto deseado.

Estos modelos comunicativos que pretenden la mejora en las relaciones humanas, hacen jugar un mecanismo de fundamental importancia a la hora de zanjar conflictos, el del reconocimiento social. Por naturaleza, los seres humanos somos seres sociales, vivimos gracias a otros y, a pesar de la hoy tan buscada autonomía, siempre viviremos con otros. El reconocimiento, que nos permite existir para los demás y para nosotros mismos, empieza a operar de modo unilateral, asegurando el imparable funcionamiento del sistema y otorgando algunos placeres efímeros y un ligero y artificial sentimiento de existencia, para quien busca ser reconocido. Esto es, sólo seremos reconocidos si somos como hay que ser. Seremos reconocidos en tanto tengamos un buen desempeño, nos adaptemos a las reglas del juego y desarrollemos las destrezas requeridas para una armónica sociabilidad. No se nos reconocerá como seres existentes, capaces de conducir nuestras vidas, sino en tanto sepamos colocarnos como

instrumento útil o en, como dice Savater (2005), “herramienta autobastante, servomecanismo que se mantiene en funcionamiento sin otro fin que mantenerse y funcionar” (p. 50). Supuestamente el desarrollo de estas habilidades contribuye a alcanzar los propios objetivos, intereses y competencia profesional o personal. Sin embargo, estos objetivos están entrelazados con el éxito de la empresa o el adecuado funcionamiento de la institución, mediante una compleja dinámica de reconocimiento. Este será siempre tramposo, engañoso, embustero y brindará las escasas satisfacciones de las que se compone nuestra vida moderna. Pero no importa, siempre podremos esforzarnos y entregar nuestras vidas un poquito más para alcanzar el éxito.

Un ejemplo de este funcionamiento unilateral del reconocimiento, lo brindan algunos de los métodos empleados por los psicólogos, para la creación de sus saberes sobre cómo mejorar las relaciones. Para sus investigaciones, Elton Mayo (1927) utilizó la entrevista terapéutica, a través de la cual incitaba a los obreros a expresar sus conflictos y emociones, en un ambiente confiable y sin censura. Pero los saberes obtenidos gracias a este valioso material, lejos estaban de interesarse en enriquecer la vida de los trabajadores o en intentar librarlos de la penosa explotación. Eran puestos al servicio del aumento de la producción. El bienestar de los trabajadores importaba por el hecho de que así podían producir más. No está de más decir, que la situación no ha variado mucho hasta nuestros días. Otras técnicas, como la de la escucha activa, determinan cuáles son los gestos, posturas o señales que debe emitir el oyente, para dar la sensación de que escucha y así permitir a quien habla la expresión de sus emociones, sentirse escuchado y liberar su tensión (Illouz, 2007). Conducir nuestras relaciones a una racional y funcional armonía, no es garantía de igualdad y reciprocidad. Lo que es más probable que suceda, es que quienes ya se hallan en una posición ventajosa, debido a la clase social, el estatus, la raza o el género, puedan adquirir mejor estas habilidades comunicativas y utilizarlas para el sostenimiento de sus privilegios. Por más que aprendamos a relacionarnos “bien”, de una manera “no conflictiva”, expresando todas nuestras emociones y sufrimientos “por igual”, quienes arriba están, arriba se quedan y por más que den la sensación de escuchar, verdaderamente no escuchan.

Los orígenes empresariales del modelo justo e igualitario de relación deberían alertarnos, ya que muy alejado está de eliminar la jerarquía y las explotaciones que en ella se sustentan. Más bien, son normas de procedimiento, protocolo, formalidad, disfraz que permite reconciliar la estructura jerárquica y violenta con la “democratización” de las relaciones. Pareciera que, de un modo defensivo, a medida que aumentan más y más las desigualdades sociales, para dar lugar al “mundo de dueños” del que habla Rita Segato (2018), más necesitamos de un imaginario colectivo que nos proteja del horror, haciéndonos sentir iguales. Pero no por disimular las diferencias vamos a hacerlas desaparecer. El formato “racional” de relaciones que pretende

asegurarnos intercambios justos y equitativos, más que llevarnos a una igualdad, puede estar conduciéndonos a la aceptación irreflexiva de ese imaginario que nos invita a todos a expresarnos, a escucharnos, a establecer relaciones de empatía, a desarrollarnos profesionalmente, a ser exitosos y, en síntesis, a sostener sin conflictos todas las jerarquías.

Si rechazamos las teorías de las esferas separadas, podemos preguntarnos: ¿Cómo podrían tener lugar relaciones íntimas igualitarias en el mundo político y económico de las jerarquías y la explotación? Más bien, podríamos suponer que, de un modo similar al que las desigualdades sociales pretenden disfrazarse o volverse más tolerables a partir de ficciones democráticas de igualdad y libertad, también las relaciones “íntimas” entre los géneros, procuran asumir la fachada de los justos intercambios, ocultando las reales asimetrías. Desigualdades que no se borran con sólo intentar ordenar nuestros modales artificialmente, siguiendo manuales de cómo tener relaciones igualitarias. No pretendo con ello negar la importancia de las necesarias formas de resistencia micro-políticas (Suely, 2019), de modo de hacer frente a los devastadores efectos del capitalismo. Sólo considero que esto no se realiza intentando acomodar nuestros vínculos a los discursos y formatos de relaciones igualitarias de moda -moda que se devela por la sensación de artificialidad que tales relaciones nos provocan-, sin una comprensión profunda de los modos en que funciona el poder. Éste en nuestros días se afirma, se potencia, se consolida y expande el control, apoyándose en ficciones igualitarias. Sin embargo, no llega a ser igualdad que mujeres y hombres cobremos lo mismo, ni que podamos gozar las mismas “libertades” de consumo -en sus variadas formas-, ni que sepamos comportarnos de la misma manera, ni que logremos acceder a altos puestos empresariales o cargos políticos, porque es precisamente allí, donde se encuentra el germen de las diferencias.

Mientras haya Estado, las relaciones serán de comando- obediencia. Pero ¿cómo disfrazar este hecho si somos todos iguales? Instituyendo sentidos, organizando consensos, creando significados que serán compartidos y aceptados por “todes”, porque son lo que “está bien”. ¿Acaso alguien se atreverá a cuestionar que lo deseable son las relaciones igualitarias? Las sociedades se regulan a partir de un complejo sistema simbólico, a través de significados, representaciones, imágenes, valores, códigos, normas, instituciones y creencias compartidas. Si la capacidad de crear significados es absorbida, envuelta y conducida por la lógica del Estado, que sostiene la estructura de la dominación, entonces se agota la posibilidad de crear nuevos sentidos y de poder pensar más allá de lo pensable y “racional”. Por eso, nos resulta tan difícil y hasta casi imposible poder pensar la vida sin Estado. Eduardo Colombo (2005), así lo expresa: “El pasaje a la forma Estado, etapa decisiva, se completa cuando el sistema simbólico de legitimación del poder político estatal logra captar, o atraer hacia sí, una parte fundamental de las lealtades primitivas, identificaciones inconcientes que estaban

previamente solicitadas por el grupo primario: tribu, clan, familia, aldea. Proceso fundamental, ya que las “lealtades primarias” contienen, preformada, como sistema en gran parte inconciente de integración al mundo sociocultural, lo que hemos llamado estructura de la dominación (o segunda articulación del simbólico)” (p. 76).

Aunque nos parezca tan arraigado, tan firmemente constituido, el Estado es sólo un sistema de fe colectiva, como nos enseña Rita Segato (2018). Existe porque creemos en él y de manera cómplice, nos adecuamos al modo de funcionamiento que nos impone. Como nunca está firmemente establecido, sus políticas expansionistas buscan penetrar cada vez más y más en toda forma de vida, en un proceso colonizador que nunca acaba y que destruye en su camino otras formas de mundo posible. Entonces, no está de más que nos preguntemos sobre el modelo de igualdad que su lógica exige y que pensemos hacia qué caminos podrá llevarnos la incorporación cada vez más excesiva del cálculo y el control en nuestras emociones y relaciones, para el logro de la igualdad que el sistema nos promete. Es preciso estar alerta ante esa extensión de la regulación de la vida, que avanza con aires de progreso, de modernidad y hasta de revolución.

BIBLIOGRAFÍA

- Colombo, E. (2005). El Estado como paradigma de poder. En Ferrer, C. (comp.). *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. La Plata, Terramar ediciones.
- Freud, S. (1904 (1903)). El método psicoanalítico de Freud. En J. L. Etcheverry (trad.), *Sigmund Freud. Obras Completas* (Vol. 7). Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires. Katz Editores.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Jónasdóttir, A. G. (2011). ¿Qué clase de poder es el amor? Recuperado de: <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/7408.pdf>
- Savater, F. (2005). Teoría del sim poder. En Ferrer, C. (comp.). *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. La Plata, Terramar ediciones.
- Segato, R. (2018). Conferencia: Examinando el mandato de la masculinidad y sus consecuencias. México, UNAM.
- Suely, R. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconciente*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.